ARTIGAS Y SUS OPOSITORES

Entresacar de la producción de los que culminaron en las letras, el foro y la política oriental, para las páginas de la Revista Histórica, es cumplir un doble deber: para con la memoria de los dignos de ser celebrados y para con la historia literaria de la República.

De la vasta labor del doctor Angel Floro Costa, nacido en Montevideo el 18 de agosto de 1839 y fallecido accidentalmente en Buenos Aires el 10 de junio de 1906 —que escaló las alturas de la literatura y se abocó todas las cuestiones para tratarlas con la profunda versación que requerían, hemos escogido hoy, un sereno dictamen sobre Artigas, sus opositores y su época.

Deben recordarse los aplausos, entusiasmos, risas, enojos, ruidos considerables, y polémicas, que levantaron sus *Menipeas* ingeniosas y motejadoras. Las *Menipeas* del doctor Costa serían una felicidad en la vida de cualquier escritor americano. El velo de los años no apagará aquel estilo original, incisivo, travieso, lapidario, que servía de ropaje al pensamiento!

Como todos los que se atarearon en las sendas brillantes y se consagraron á la Patria, el doctor Angel Floro Costa tendrá aquí mismo, el crítico prolijo que lo considere en sus fases—repetimos—de fecundo, espontáneo, ameno—y atrevido en el fondo y en la forma, como acaso no fué otro de los publicistas nacionales.—Dirección.

ARTIGAS

Negar que en el corazón de todos los orientales exista el sentimiento patriótico, sería desconocer la historia más rica en sacrificios y hazañas heroicas de todo el continente Sud Americano.

Doctor Angel Floro Costa

Negar el amor que el país ha profesado y profesa á su independencia, sería calumniar un sentimiento sellado con la sangre generosa de varias generaciones.

Que ésta como la de la mayor parte de los países pequeños, haya sido más que la obra de nuestros propios esfuerzos, la de la diplomacia de los países limítrofes, que haya surgido de la necesidad de equilibrio político entre esas naciones, más que de *una necesidad impuesta por la geografía de nuestro suelo,* (1) lo que no puede desconocerse, es que fué aceptada por el país y ratificada por el sentimiento público.

---

(1) Palabras contenidas en mi discurso pronunciado en la Florida con ocasión de discernir el primer premio al poeta laureado Dr. Aurelio Berro.

No se trata, pues, de discutir un hecho indiscutible, sino de darnos cuenta clara del pasado, para averiguar con desapasionamiento y conciencia plena de los hechos, si nos será dado conservar por mucho tiempo tan inestimable tesoro.

Y, á este respecto, por mucho que sea el entusiasmo nacional que embargue el espíritu, por mucho amor que se tenga á la Patria, por grande que sea la veneración que nos imponga el heroísmo y la abnegación de nuestros mártires, preciso es convenir, que en cincuenta años de esfuerzos generosos, todavía no hemos podido afianzar esa acariciada independencia, ni imponer respeto *como Nación,* á los países que nos rodean y á las otras naciones del mundo.

Abandonemos pues á la inspiración de los tribunos y los poetas la noble tarea de entonar himnos de triunfo á un hecho, que á los ojos del filósofo-estadista, es más aparente que real.

La misión de aquéllos, útil y santa como la de Tirteo en Esparta, como la de las vestales en Roma, es conservar el fuego sagrado, que debe mantener, para cualquier evento, viva y ardiente la fibra del patriotismo.

Es sobre el canabá de los grandes sentimientos nacionales, que debe trabajar su obra el estadista, pero empezando por despojarse de los lentes del entusiasmo, para encarar los objetos con el tubo acromático de la razón fría, único capaz de corregir todas las aberraciones de refranjibilidad que inducen los primeros.

El filósofo-estadista, no debe ver sino *hechos, realidades descarnadas*:—sus análisis deben ser fríos y severos, aún cuando ellos le conduzcan á síntesis desconsoladoras.

Debe empezar por hacer un inventario prolijo y minucioso de todos los factores que entran en la composición de un hecho tan complexo como el de la vida nacional de un país—y calcular sin pasión las fuerzas y resistencias que la sostienen y combaten.

Planteados así los términos del problema, fácil será resolverlo con la severidad del cálculo.

Ensayemos el hacerlo.

Hay un terreno en el que podemos llegar á estar de acuerdo todos, tanto los que niegan *in limine* el *hecho* y el *derecho* de nuestra independencia, como los que dejándose arrebatar de tendencias opuestas, encuentran en nuestra propia historia la justificación de ese hecho y ese derecho.

Ese terreno es el de la realidad presente, como preámbulo del porvenir que nos aguarda.

Como siempre, mis ideas se encuentran en el medio de las opiniones que dividen á los dos campos.

Ni creo por ejemplo, con el doctor Gómez y su escuela, que Artigas fuera meramente un bandolero que sólo representase la defección al dogma de Mayo y la traición á lo que él llama la *Patria grande;* ni creo con el doctor Ramírez y los suyos, que él merezca la canonización ecuménica que ha querido elevarlo entre una aureola de inmarcesible gloria, al rango de *Padre de nuestra nacionalidad.*

Seamos francos, justos y sensatos,—y convengamos que hay injusticia y exageración en estas dos apreciaciones estremas.

Sin duda que Artigas no fué un Licurgo, ni un Solon, ni un Bolívar, ni un Washington.—La historia, que recién ha empezado á acumular hechos para que más tarde una posteridad más iluminada é imparcial, pronuncie su fallo, le acusa de errores y de crímenes, que no pueden excusarse sin rubor á los ojos de la justicia y la moral absoluta, (2) pero ¿puede desconocerse que él encarnó

---

(2) Entre otros muchos escritos merece consultarse un folleto recientemente publicado en Buenos Aires, titulado "Artigas" por un escritor oriental.

los sentimientos de independencia que lisonjeaban en aquella época las tendencias nativas de nuestra raza, como la lisonjean hoy mismo?

De ningún modo.

Artigas como todos los héroes primitivos simbolizó una época de esfuerzos generosos y de errores comunes á la sociedad de su tiempo, más ó menos acentuados por la pujanza varonil de su naturaleza autóctona.

Son estos esfuerzos los que tiene en cuenta la posteridad en los pueblos que se remontan á buscar su cuna por entre las nieblas de sus antiguos tiempos.

Cuando ellos no encuentran héroes perfectos ú hombres de genio escepcionales que personifiquen sus tradiciones los crean y los inventan.

La tendencia á magnificar sus héroes, ha sido y es innata en todos los pueblos de la tierra.

El busto de la mayor parte de los fundadores de las naciones, más que en la historia se ha fundido en la imaginación popular.

Por eso se encuentra un poco de mitología al principio de toda historia.

Ningún pueblo aún los más jóvenes y humildes consiente en presentarse huérfano de tradiciones y de héroes en el certamen de las naciones.

Esta tendencia á honrar á los que le dieron el ser, es tan natural y legítima, como la que todo hijo demuestra por la memoria de su padre, aunque en realidad hava sido un bandido.

El último que debe juzgar con severidad un padre, es su propio hijo.

Hay bajeza y fatuidad en hacer lo contrario.

Los individuos como las naciones tienen orgullo en ser quien son, en llevar el apellido que llevan, y en deber su origen á los que consideran como caudillos de su raza ó de su nacionalidad.

Este sentimiento es tan antiguo como el mundo.

Por eso aunque históricamente Artigas esté muy

abajo del héroe ideal que ha forjado la imaginación de nuestro pueblo, será ocioso pretender arrancarlo de su pedestal mientras se conserve vivo el hecho y el sentimiento que le dió el ser.

Tuvimos necesidad de un Rómulo, y el instinto popular lo adivinó en él.

No hay pues que deprimirlo ni que divinizarlo tanto.

Convengamos que pudo tener algo de la Loba Charrúa que lo amamantó con la sustancia de sus venas, pero que tiene también mucho de la talla y la grandeza del héroe que lidió sin descanso por una idea y un sentimiento que ha dado calor y vida á un pueblo.

La filosofía de la historia tal vez nos dirá mañana, ni más ni menos que lo que yo dejo apuntado en estas páginas.

La erudición histórica puede hoy, setenta años más tarde, impugnar las tendencias indómitas é insubordinadas del *Protector de los Pueblos libres,* pero del mismo modo puede contestar el predominio absorbente y egoísta de los Directorios de Buenos Aires, que determinaron su acción emancipadora.

Para condenar absolutamente á Artigas, sería preciso justificar por completo la política ambiciosa á la vez que insidiosa de esos Directorios,—habría que justificar á Alvear, á Sarratea, á Dorrego, á Soler, que nos trajeron la guerra de predominio y de conquista, (3) que pretendían anular el esfuerzo y el concurso

---

(3) De-María, "Historia de la República Oriental", capítulos 13 y 14, tomo 2.º.

A. Díaz, "Historia política y militar de las Repúblicas del Plata", tomo 1, pág. 147.

de nuestra Patria en la lucha común de la independencia, sometiéndonos á un tutelaje degradante,—habría que arrancar de nuestra historia las gloriosas páginas de Las Piedras y los Guayabos,—habría en fin que absolver de grandes errores y de grandes perfidias á los hombres que pretendían guiar el movimiento de Mayo; así como para justificar por completo á Artigas sería preciso condenar *in limine*, el pensamiento de concentración unitario, que fué una necesidad lógica á la vez que una visión clara de la época, y que tuvo y debía tener su cuartel general en Buenos Aires, por ser el mayor centro de ilustración y recursos de aquel trascendental período histórico.

Profundizando pues algo en la índole de las dos tendencias políticas que desde entonces están en pugna en estos países, como lo están en todo país en formación y que en resumen, no son sino la ulterior evolución sociológica de las dos grandes fuerzas que operan el equilibrio y la condensación de los cuerpos en movimiento, la fuerza centrípeta y la centrífuga, centralización y descentralización, unitarismo y federalismo, se descubre con toda claridad, que la razón *juris et de jure*, no está en ninguna de las dos partes—que la verdad como el equilibrio, está en el medio, (*in medio veritas*) y que el historiador futuro, como el fiel de la balanza, tendrá que colocarse á igual distancia de esas exageraciones, para pronunciar un fallo solemne, perentorio, incontestable y justiciero.

Esas condenaciones absolutas como esas apoteosis exageradas, son indudablemente prematuras.

Son fallos anticipados, verdaderos prejuzgamientos en un pleito que todavía no está suficientemente sustanciado,—que no sólo no lo está en estas regiones del Plata, sino en el mundo entero.

La filosofía histórica como la filosofía política, están aún en pañales.

Después que se lee á Buckler, (4) se sabe que no se sabe historia.

Hojeando á Macauley (5), á Gervinius (6), á Monsen (7), á Drapper (8), á Motley (9), se ve cuánto dejan que desear todavía en estas materias los mejores historiadores del Río de la Plata, sin exceptuar ninguno.

Empecemos pues por convenir que el error estuvo en lanzarnos sin preparación en las corrientes de la vida democrática, para fabricar repúblicas de cartulina, cuyos gobiernos, aquí como en todas partes, debían llamar en su auxilio, los unos á las fuerzas cultas, los otros á las fuerzas semi-bárbaras de la sociedad.

Terminada la lucha de la independencia que imprimió cierta unidad revolucionaria á esas fuerzas, el fraccionamiento y la anarquía eran inevitables, como una consecuencia de la embriaguez de las ambiciones exaltadas por el credo mismo de los principios de igualdad preconizados por el dogma republicano.

Bolívar, el mayor genio que la América haya producido, vislumbró en las profundidades de su gigante espíritu esta anarquía futura, y pronunciando el oráculo de cada una de las secciones americanas. (10) pro-

---

(4) "Historia de la civilización de Inglaterra".

(5) "Historia de Inglaterra".

(6) "Historia de la civilización del siglo XIX".

(7) "Historia Romana".

(8) "Conflictos de la religión y la ciencia".

(9) "Historia de las Provincias unidas de los Países Bajos".

(10) Sus admirables profecías acerca del destino futuro de cada una de las secciones suramericanas se encuentran en la carta que desde Jamaica dirigió á Mr. Heliop de Londres, (tomo 1) "Vida de Bolívar".

No he leído jamás un documento político que reuna á la profundidad del genio una dicción más pura y una elocuencia más deslumbrante y seductora.

puso para contrarrestarlo, formar una especie de Liga Anfictiónica, cuyo asiento fuese la ciudad de Panamá, suspendida sobre el istmo en medio de dos océanos, como las antiguas Anfictionías griegas, en Corinto, colocado en medio de dos mares.

Este pensamiento gigante, único que pudo elevar de un solo vuelo á la América latina libertada por los esfuerzos comunes de Bolívar y San Martín, hacia destinos tan grandes como los que llegó á alcanzar su hermana la robusta confederación del Norte, fuerza es decirlo, encontró un antemural, en la política estrecha, celosa y exclusivista de los Directorios de Buenos Aires, en tanto que sus próceres con menos claridad de vistas que Bolívar, pero cediendo á la lógica de los tiempos, iban á buscar en los espurios vástagos de las monarquías europeas, la salvación del presente y la conjuración de la anarquía que vislumbraban en el porvenir.

Sarratea, Posadas, San Martín, García, Belgrano, Pueyrredón, Nicolás Herrera, Rivadavia y otros muchos próceres de aquellos tiempos fueron sinceramente monarquistas. (11)

Su inspiración era prudente, pero carecía de la grandeza de la inspiración de Bolívar.

Era sensata, pero limitada y egoísta, en tanto que la de Bolívar era vasta como el ideal, brillante hasta la utopía, pero generosa, profunda y magnánima.

Sin la grande unidad que él concebía, sólo la monarquía constitucional podía salvar del fraccionamiento y de la anarquía á estas jóvenes democracias.

Setenta años (a) de ensayos sangrientos en que, con ligeras intermitencias, tan sólo nos ha gobernado la

---

(11) Mitre, "Historia de Belgrano", tomo 2, cap. 27 y cap. 31.

(a) El doctor Costa escribía en 1880.—DIRECCIÓN.

ignorancia y la fuerza, en que, como las razas esclavizadas, vivimos entonando himnos á la libertad, suspirando en pos de sus engañosos espejismos, envejeciendo una generación tras otra, que se apresura á cubrirla con el sudario de sus deshojadas esperanzas—setenta años que vivimos encandilados, buscando en vano acomodar nuestra débil retina á los resplandores quiméricos de una República ideal, harto nos dicen que la monarquía constitucional debió ser la transición necesaria entre el oscurantismo colonial y la República, como lo ha sido en Europa entre el absolutismo de los reyes de derecho divino, y las libertades democráticas de los pueblos,—como la aurora y el crepúsculo son en la Naturaleza la transición necesaria entre la luz y la sombra. Ha faltado en nuestra historia esa zona templada, en donde se confunden la lozanía del trópico, con el grato verdor que esmalta nuestras praderas, en que se besan los coníferos con las palmeras, y los cereales crecen á la sombra del bambú; en que se atemperan y amalgaman sin estrépito las tradiciones é intereses del pasado con las nuevas ideas, y la vitalidad del porvenir: transición armónica, necesaria, que en la Naturaleza impide los reumas, como en los pueblos los constipados políticos.

Por eso nuestras sociedades viven constantemente romadizadas, perdiendo en luchas estériles, la albúmina y la fibrina de su riquísima y generosa sangre.

¡Funesto día aquel en que ocurrió á los *patricios* de Buenos Aires, ensayar sus fuerzas para expulsar á los ingleses, y á los habitantes de la muy leal y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago, ayudar la Reconquista para volver á entregar estos reinos al imbécil y despótico Fernando séptimo, *nuestro señor, rey y amo!*

Ojalá aquellos preclaros varones hubieran sabido comprender lo que importaba para estas atrasadas comarcas, la ocupación y el dominio de la corona inglesa, que lleva siempre la civilización y la riqueza escrita en sus pendones.

Nunca mejor nodriza que la grande y severa Albion, podía habernos deparado la Historia, para destetarnos de la barbarie colonial.

¿Qué habríamos llegado á ser con el andar del tiempo?

¿Qué seríamos hoy? Veámonos en el espejo de la más envuelta en las ignotas brumas de la Melanesía, hoy Emperatriz de la civilización del Extremo Oriente, con una población de tres millones, con una riqueza, igual si no mayor, que la de las tres Repúblicas del Plata, con ciudades populosas como Sidney, Melburne, Brisbane, Ballarat, Landhurs, Adelaide, que concentran en su seno todas las maravillas de la civilización moderna, (12) Universidades, Observatorios Astronómicos, Academias, Teatros, Telégrafos, Museos, Bi-

---

(12) Sidney, capital de la Nueva Gales del Sur, tenía 135,000 habitantes en 1871; Brisbane, capital de Queensland, tenía 40,000; Melburne, capital de Victoria, 270,000.

Melburne tiene uno de los primeros observatorios del mundo, y el segundo telescopio en magnitud y potencia óptica de los construídos hasta ahora.

La Australia tiene, además de sus inmensas riquezas auríferas y minerales, y además de la riqueza de sus bosques, más de 69:000,000 de animales ovinos, como cerca de catorce millones de vacunos y algunos millones de otras especies.

Todas estas colonias reunidas tienen ya más de 4,590 kilómetros de ferrocarriles en explotación y 2,621 kilómetros en construcción y 35,020 kilómetros de líneas telegráficas en explotación. ¡Qué asombro!

¡Qué pequeñez la nuestra, comparada á la fuerza de este coloso que asoma la cabeza allá por la madrepórica región de los antípodas

bliotecas, de cuya importancia y riqueza puede juzgarse, teniendo en cuenta que no hace siete años, en 1873, su comercio de importación y esportación reunidos, pasaba de 182 millones de libras esterlinas, ó lo que es lo mismo, 910 millones de patacones, á lo que no llegará ni en cincuenta años el comercio de todas las Repúblicas del Plata juntas.

Inmensa masa de bienestar y riqueza que se ha desenvuelto en menos de cuarenta años!

¡Oh inconmensurable poder de la raza sajona! ¡Oh maravillas del genio positivo y mercantil de esa privilegiada raza fecundizada por la paz, por la libertad política y por la ciencia!

¡Qué distantes estamos todavía con nuestros sofismas políticos y sociales, perdurable almácigo de ambiciones y despotismos, de aquellos brillantes celajes, de aquellas diáfanas auroras boreales, que nos anuncian la acción magnética de una raza superior y la presencia de un mundo gigante!

Ah! el término de nuestro martirologio está aún lejano!

En vano queremos engañarnos.

Los períodos históricos, como las épocas geológicas, obedecen en su sucesión á leyes fijas é invariables.

La Historia, como la Naturaleza, librada á sí misma, *non facit saltum.*

Sólo la ciencia y el arte con sus potencias creadoras y ordenadoras, pueden acortar las distancias.

Pero no hay en el continente un país en que la ciencia y el arte tengan menos prosélitos, y la ilustración y la inteligencia menos influencia en sus destinos, que el nuestro.

Sociedad en formación, con todas las pasiones y brutales intemperancias de las razas jóvenes—y vigorosas—ni estamos de acuerdo aún en cuanto á nuestro pasado, ni lo estamos en cuanto al presente, y lo estaremos menos aún por lo que respecta al porvenir.

Hasta que sucumbamos estamos destinados á vacilar entre la anarquía y la monocracia.

Pero el pasado no es sólo Artigas.

Este dió el impulso al movimiento de emancipación; —la dominación portuguesa lo detuvo, pero en pos de ella, reanudado de nuevo el movimiento, surge el período de nuestra independencia *legalizada*.